

Ramos en primer término a la "divergencia" o al "desfase" que se produjo entre los proyectos de los empresarios y "las realidades a que dieron lugar". Se trata en concreto de un choque de intereses entre las autoridades virreinales y los empresarios en relación con los mercados de Antioquia y la costa del Caribe con los de las provincias nororientales y con el cultivo de productos que contaban con demanda internacional, así como con el control del poblamiento de la zona de frontera Carare-Opón. El mencionado capítulo III, uno de los más extensos del libro, constituye un recuento exhaustivo desde el punto de vista histórico, que Ramos analiza conjuntamente con los factores económicos que habrían de determinar más tarde el destino de la zona; se analizan en detalle, y con base en diferentes fuentes, los antecedentes del proceso de poblamiento que tuvo lugar allí en diferentes épocas y el papel desempeñado por algunos personajes que intervinieron en este proceso, como el sacerdote Ramón Blanco y Viana, quien dirigió el desarrollo de la Compañía del Opón en asocio con Salvador Plata, Manuel Gavino Angulo, José Joaquín Camacho y Jacinto Flórez. Se destaca la importante actuación de otro religioso, fray Pedro Pardo, párroco de Puente Real desde el año de 1800 y quien había recorrido una buena parte del virreinato, lo cual le daba el conocimiento y la experiencia suficiente para asumir la tarea de colonización del Carare. Ramos narra en este episodio los móviles iniciales que llevaron a fray Pedro a elevar una capitulación para la reconstrucción del camino del Carare y dar comienzo al proceso de colonización de la zona. Al enterarse de que en la zona del Carare Francisco Caballero y Juan Cárdenas habían encontrado sepulturas indígenas que contenían "cadáveres, piezas de oro y tumbaga", solicitó permiso a las autoridades para explorar las cuevas en donde se encontraban dichas sepulturas, con lo cual el fraile se sumó a los buscadores de tesoros que eran cada vez más numerosos, dada la abundan-

cia de sepulturas que, según las expectativas de los habitantes de Vélez, se suponían muy numerosas, como lo atestigua la cantidad de solicitudes tramitadas ante las autoridades con el mismo propósito. Resulta, entonces, paradójico que una iniciativa que habría de reportar a la zona los mayores beneficios, como eran la reconstrucción de los caminos y su ulterior colonización, tuviera en primer término un móvil económico inmediato como es el de la g.uaquería, actividad ésta, que al extenderse a través del tiempo a casi todas las regiones del país, habría de resultar a la larga funesta para la conservación del patrimonio arqueológico, como quedó demostrado posteriormente. Así pues, fray Pedro Pardo, uno de los mayores impulsores del progreso ligado a la región nororiental, fue al mismo tiempo uno de los iniciadores de esta infortunada (desde el punto de vista de nuestra riqueza cultural) empresa depredadora, y por ello le cabe el dudoso mérito de ser uno de los pioneros de la g.uaquería, actividad tan nociva como la destrucción misma de los recursos naturales. Ramos se extiende suficientemente en el recuento de las numerosas dificultades por las que debió atravesar el proceso de colonización en la zona del Carare, no sólo por las reticencias de las autoridades virreinales sino también por las de los habitantes de la provincia de Vélez que se negaban a participar en los trabajos de apertura del camino. No obstante, pese al empeño de los que impulsaron esta iniciativa que en principio debía servir para conectar las provincias del Socorro y de Vélez con el comercio de Antioquia y de la costa Atlántica, "no hubo en el desarrollo de la empresa tanto del Carare como del Opón esfuerzos significativos" para llevarla a cabo.

Los dos últimos capítulos que integran el libro aportan datos históricos sobre las características generales del proceso de colonización de la zona de frontera Carare-Opón y sus posteriores consecuencias para el desarrollo de la región de los Santan-

deres, tanto las de carácter positivo, como aquellas que incidieron de alguna forma negativamente.



Los caminos al río Magdalena, de Aristides Ramos Peñuela, es, sin duda, un aporte valioso a la investigación socioeconómica del país, tanto por su rigor investigativo, como por la cantidad y calidad de la información que el libro ofrece.

ELKIN GÓMEZ

Domesticando moscas

Moscas de todos los colores. Historia del barrio Guayaquil de Medellín, 1894-1934

Jorge Mario Betancur Gómez
Premios Nacionales de Cultura 1998,
Ministerio de Cultura, Bogotá, 2000,
482 págs, il.

No obstante la deslucida carátula, este libro, ganador del premio nacional de historia del Ministerio de Cultura en 1998, es de gran interés y novedad por el tema que aborda, el lenguaje desenfadado que utiliza, el ritmo de la narración y la forma como maneja la información recopilada. En sentido estricto, no es exactamente una historia de Guayaquil, sector del centro de Medellín que con el tiempo parece alcanzar dimensiones míticas. Se trata más bien de la exposición de un amplio y bien documentado catálogo de hechos suscitados por las pasiones de

los medellinenses de los sectores populares, durante los cuarenta años que van de 1894 a 1934. Pasiones, en el sentido de inclinaciones desmedidas hacia algo. Pasiones regidas por Eros y Tánatos, desbocadas y conflictivas, en medio de un proceso de modernización de la base material de una sociedad, integrada por masas de campesinos asentados al margen del tren del progreso.

Catálogo vasto, terrible y divertido, de las grandes y pequeñas dificultades del proceso civilizatorio que condujo a la conformación de una cultura urbana, en virtud de la cual campesinos incultos se transformaron paulatinamente en ciudadanos regidos por fuerzas distintas y acaso más complejas que las que conocían en el campo. Este proceso fue sobrellevado por muchos mediante la práctica y el gozo de la transgresión social que hizo difusos los límites entre lo público y lo privado y entre el bien y el mal. Disposición antihigiénica de desechos, alcohol legal e ilegal; juegos de azar; amores venales promiscuos; cuchillos y revólveres prestos a defender peculiares códigos de honor; robo; mendicidad; música y miseria, formaron parte esencial de las vidas de hombres y mujeres, que corrieron a contravía y como escape de las obligaciones impuestas por la reproducción y acumulación del capital comercial e industrial.



No es del todo claro por qué el horizonte escogido se inicia en 1894 y termina en 1934 con la muerte del fotógrafo Benjamín de la Calle, ya que su deceso no marca ni coincide con el fin de un período particular. Tal vez se debió continuar un lustro

más, hasta la antesala de la segunda guerra mundial, momento en el cual la industria antioqueña se ajustó a un nuevo modelo de crecimiento mediante la sustitución de importaciones, produciéndose así un punto de inflexión definitivo en la historia de la ciudad. Para 1934 apenas se están superando los fuertes efectos de la Gran Depresión de 1929, fenómeno al que no se le ha dedicado suficiente atención en el libro, excepto cuando aparece como una causa más de mendicidad y desempleo. Por ejemplo, habría sido pertinente mencionar que en 1932 fue tal el número de personas que imploraban la caridad pública, que las autoridades optaron por expedir licencias de pordiosero en la Oficina General del Trabajo y, para evitar congestiones, prohibieron pedir limosna en un solo sitio, según lo informó el diario *El Colombiano* del 21 de abril de 1939.

La documentación de las pasiones, organizadas en cinco capítulos y un total de 46 secciones, tituladas con verbos genéricos (rezar, orinar y acostarse, manchar, gestar, germinar, invertir, resistir, etc.), se fundamenta en los resultados de un rastreo amplio de la prensa medellinense, en libros y artículos y en entrevistas con algunos ancianos que vivieron en Guayaquil o lo conocieron. Cada acción se ejemplifica con casos concretos, citados generalmente con fechas y nombres propios, lo que les da un sabor peculiar a las costumbres colectivas, pues se encarnan en seres de carne y hueso. Dos ejemplos: "En el *Tapete Verde*, un sector de prostitución y juegos de Guayaquil, Ubaldino Puerta propinó varias heridas en el rostro a Enrique Vélez, apodado *Cacique*, el 15 de junio de 1913" (pág. 273); y "Por venganza, el 3 de septiembre de 1893, doña Elisa Suárez esperó al final de la misa dominical en la capilla de la fracción de Robledo para disparar contra el señor José Vicente Franco. Guardó su revólver y dejó moribundo en el piso al hombre que dos días antes la ultrajó con un látigo" (pág. 302). Estos y muchos otros episodios no se conocerían hoy, si Medellín no hubiera contado con una prensa

que prestó especial atención a los hechos diarios y los registró a menudo con lujo de detalles. Los no menos terribles episodios de las tragedias individuales de la actualidad no podrán rastrearse en el futuro; ante su abundancia y el afán de conservar "la buena imagen", un simple muerto ya no es noticia para un periódico y pronto se convierte apenas en un registro más en el anfiteatro.



Habría resultado beneficioso consultar los anuarios estadísticos de Medellín, pues allí se ofrece gran variedad de cifras, que cuantifican asuntos de interés y permiten precisar su dimensión social más allá de los casos particulares. Sin duda los grandes números, a pesar de su posible imperfección, ayudarían a establecer mejor la magnitud del "desorden social" de esta primera "fase civilizatoria". Por ejemplo, podría ser reveladora la comparación entre el consumo por habitante de litros de alcohol y el consumo de leche; el número de mujeres de vida airada frente a la cantidad de hombres mayores de quince años; los muertos violentos por habitante y las causas. Igualmente productivo habría sido revisar los directorios telefónicos y hace falta un buen plano de la zona con la localización de los principales edificios y establecimientos públicos de la época. La acumulación impresionista de casos singulares, a menudo pintorescos, curiosos y sorprendentes, recolectados en la prensa tiende a crear la sensación de que se exagera o se subestima. En todo caso, parece claro que Guayaquil operó como una válvula de escape de la presión social que se cocinó en

la olla del sancocho del progreso, y acaso contribuyó a que la acumulación de capital en Antioquia pudiera ser uno de los procesos más exitosos que conoció la historia económica de Colombia al principio de la vida republicana.



Las referencias a los censos de población son pertinentes y perspicaces: la disminución en el número de personas negras entre 1912 y 1916 consigue ser explicado por razones inesperadas: se permitió que cada persona llenara la ficha censal y muchos "blanquearon" el color de su piel al marcar la casilla deseada en la pregunta relacionada con la raza. Pero también habría sido conveniente recurrir con mayor énfasis a las homilías, cartas pastorales y demás documentos producidos por la jerarquía eclesiástica, y a los discursos de prohombres asociados, por ejemplo, a la Sociedad de Mejoras Públicas, pues en estas voces se encontraría la expresión de los ideales de mejoramiento social y los valores que la vida disoluta de las "moscas de todos los colores" ayudó involuntariamente a formular y materializar.

El libro contribuye a la desmitificación de la idea de un pasado idílico de Medellín, sumándose a esfuerzos que en similar sentido vienen haciendo nuevos historiadores antioqueños. El autor, periodista y documentalista con estudios de historia, demuestra una especial sensibilidad por las palabras y las formas de narrar. Tiene especial cuidado en emplear el "acervo lingüístico" con

el que se nombraron y adjetivaron las cosas en la época, destacándolo en cursiva, si bien en algunos cuantos casos se excede. Resulta muy satisfactoria y fluida la lectura de este extenso documento, gracias a su pericia en el manejo de la prosa y el lenguaje, ajena a ciertos vicios académicos, y a la paciencia y fruición de un entomólogo que identifica, clasifica y describe a sus especímenes.

SANTIAGO LONDOÑO
VÉLEZ

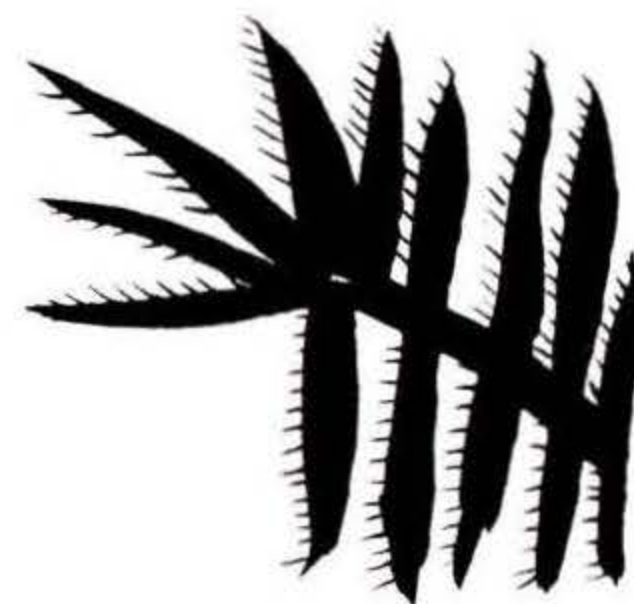
Conjunto de interpretaciones fragmentarias

Fiestas: once de noviembre en Cartagena de Indias

Edgar J. Gutiérrez Sierra
Editorial Lealón, Medellín, 2000,
272 págs.

El solo nombre de Cartagena de Indias inspira toda la razón y emoción posibles, su historia es venerable como la de ninguna otra ciudad colombiana. *Fiestas: once de noviembre en Cartagena de Indias* es un homenaje a la ciudad preferida de los turistas colombianos, una recopilación de datos, muchos de ellos poco conocidos. Su autor, Edgar Gutiérrez, de la Universidad de Cartagena, licenciado en educación con posgrado en historia del arte de la Universidad de La Habana, asumió el temible compromiso de escribir sobre uno de los temas centrales en la historia de la música popular colombiana. Y, en efecto, hay en el libro algo de la Cartagena que todos amamos, de ese paraíso preturístico olvidado que yo conocí en aquellos tiempos cuando todo el mundo daba *chance* (viaje gratis) y el negro que vendía periódicos en la Puerta del Reloj adivinaba a diez metros lo que iba a comprar el cliente, y uno se encontraba a las cinco

de la tarde al gobernador Vergara Támara, de blanco, vociferando con cualquiera en cualquier esquina sobre cualquier cosa. Es cierto que destilan por sus páginas innumerables datos, cuentos, versos, fotos, en fin, cascadas de cosas sobre cascadas de temas que van desde la espacialidad urbana cartagenera, el análisis del poder simbólico y el relato consabido de los hitos históricos locales hasta estatuas, carrozas, reinas de belleza (de barrio, de los estudiantes) y picoteros, faltando sólo la foto de la negra Carmenza Morales encabezando con salsa y con maña la danza de Gimani Cultural en compañía de Margarita Abello. Tiene páginas ligeras, otras densas, a veces trae largas listas que poco dicen, también hay buenas intuiciones y huellas visibles de artesanía intelectual, pero, y éste es un pero grande, el conjunto empalaga.



Un detalle que debe decirse de manera antipática: los elementos, algunos de ellos interesantes, no están integrados dentro de una "conexión de sentido" que dé lugar a una narración unitaria. El resultado es un conjunto de fichas bibliográficas sin una interpretación de conjunto, o un conjunto de interpretaciones fragmentarias, una colección de ensayos que no guardan siempre la debida coherencia. El libro es útil en cuanto compendio y recurso de apoyo a la investigación pero se queda corto en relación con la intención de su autor: no se puede decir que aquí hay una hipótesis elaborada sobre la conexión de música y poder en Cartagena a través de la historia, aunque sí se puede decir que están